

Democracia y nueva derecha en América Latina

Hinkelammert, Franz J.

Franz J. Hinkelammert : Cientista social y pensador alemán. Doctor en Economía por la Universidad Libre de Berlín. Profesor e investigador en CSUCA y DEI, San José de Costa Rica. Entre sus publicaciones figuran: *Crítica de la razón utópica, Democracia y totalitarismo* y *Las armas ideológicas de la muerte* .

La actual etapa de democratización en América Latina se caracteriza por su sentido instrumental, que deja de lado toda auténtica integración participativa de la población. La nueva derecha es heredera de las dictaduras militares de Seguridad Nacional, y su vocación es asegurar el esquema de poder originado por esas dictaduras bajo formas democráticas, en beneficio de las élites y con la bendición de EE.UU. La instrumentalización de la democracia se basa en medidas puramente institucionales, que se expresan en el culto a la propiedad privada y la totalización del mercado (declarado «productor de libertad»), el control de los medios de comunicación y la introducción de algún sistema de elecciones. La vigencia de la democracia «instrumental» que propicia la nueva derecha latinoamericana está, además, completamente desvinculada de la vigencia de los derechos humanos.

La década de los 80 en América Latina es una década de democratizaciones. En un gran número de países se sustituyen dictaduras militares anteriores por democracias convocadas en todos los casos por los mismos aparatos militares que anteriormente habían ejercido el poder dictatorial.

Estas dictaduras militares anteriores habían surgido en las décadas del 60 y del 70, que son décadas de dictatorialización, de la misma manera como los años 80 son de democratización. A estas dictaduras militares habían antecedido otras democracias, surgidas en los años 50, que también fueron años de democratización. Y a éstas, las antecedieron los años 30, que fueron de dictatorialización.

América Latina vive olas de democratización y dictatorialización, de las cuales muy pocos países han podido escapar. Hasta cierto grado eso vale para Chile, Uruguay y Costa Rica. Sin embargo, en la pasada ola de dictatorialización, también las democracias de Uruguay y Chile fueron alcanzadas por el fenómeno de las alteraciones entre democracia y dictadura militar.

Estos vaivenes de democracia y dictaduras siguen a la dinámica política del continente. Las dictaduras militares se instalan cuando movimientos populistas o de reforma social serían llegar a tener mayoría a través de los mecanismos electorales democráticos. Surge una reacción contraria, que golpea las puertas de los cuarteles y de la embajada de EE.UU., argumentando que la democracia está en peligro. Logrado el visto bueno y el apoyo de la embajada - lo que suele ser muy fácil, dado el hecho de que el mismo capital extranjero está entre los más interesados en el golpe -, se da el golpe y se destruye el movimiento social que había llegado al poder. Una vez destruido este movimiento, se declara que la democracia ha sido salvada y vuelve la ola de democratización.

Estas olas de democracia y dictadura son decididas en una estrecha colaboración entre el gobierno de EE.UU. (desde los años 30 por lo menos) y las élites locales, sobre todo las élites económicas. El puente entre los dos lo hacen tanto el capital extranjero como los aparatos militares.

Estas olas, según parece, se inician en el gobierno de EE.UU.. La ola de democratización es anunciada públicamente por este gobierno. Las olas de dictatorialización aparecen más bien sin anuncio explícito, aunque indirectamente también las declara este mismo gobierno. Sin embargo, el gobierno de EE.UU. no las declara unilateralmente. Hay una efectiva alianza entre las élites latinoamericanas y el gobierno de EE.UU., cuyo vocero es este último.

La última ola de democratización - la de los años 80 - fue declarada por el presidente Reagan desde su asunción al poder. Pero ya el presidente Carter la había preparado. Los movimientos democráticos del continente estaban destruidos y, por tanto, se podía volver a la democracia.

Democracia instrumental

En esta última democratización, la democracia es presentada en un sentido instrumental completamente desnudo. Aparece como un instrumento de poder y nada más. En las democratizaciones anteriores, la democracia era en un sentido más

bien ambiguo. Por un lado, como un proceso social de integración participativa de la población y, por el otro, en un sentido instrumental, como un simple conjunto de instituciones a implantar. Si bien el aspecto instrumental prevalecía, no tenía un significado tan unilateral como ocurre hoy.

Este carácter unilateralmente instrumental de la democracia está ya incorporado a la historia de América Latina, en la cual - según décadas - se quita y se pone la democracia. La democracia se transforma en un paquete de medidas a aplicar. Es un objeto, como cualquier objeto. En períodos de dictatorialización, este objeto democracia se secuestra y se lo deja bien guardado en algún lugar. Y algún día, cuando se democratiza, se lo suelta y se aplica. Es un paquete que se lleva en la cartera, que viaja por avión, que se queda secuestrado en Washington, y un día se devuelve y viaja en avión de vuelta. Se quita y se pone.

Así, el carácter de la democracia en América Latina es, simplemente, el producto de esta constante intervención externa en el proceso democrático. Al ocurrir de este modo, no puede producirse un proceso básico de democratización, que solamente es posible si tiene una continuidad de generaciones. Donde cada dos décadas se pasa de la democracia a la dictadura y de la dictadura a la democracia, este proceso no es posible. Es inevitable que la democracia sea percibida como un proceso simplemente instrumental. Y no solamente de parte de las élites nacionales, también de parte de los movimientos populares y, sobre todo, de parte del gobierno de EE.UU.. En cuanto a que la opinión pública de ese país acepta esta instrumentalización de la democracia que hace el gobierno de EE.UU. en el exterior, no hay que olvidar que la misma también penetra en el interior de EE.UU.. Al final, no se conoce más que esta democracia instrumentalizada. Hasta en los países donde la democracia es realmente producto de un largo proceso social, se olvida este hecho y se pasa a la interpretación instrumental de la democracia.

Cuando a comienzos de la década de los 80 el presidente de EE.UU. llamó a la democratización de América Latina, esta misma declaración hacía presente este carácter instrumental de la democracia. En caso contrario, habrían sido los movimientos populares de América Latina quienes habrían llamado a la democracia. Pero estaban destruidos. No tenían ninguna posibilidad de exigir eficazmente algún proceso democrático. Con sus líderes torturados y desaparecidos, no tenían voz. Pero el vocero de las élites nacionales es su presidente en EE.UU.. Por tanto, este declaró la democratización de América Latina. El hecho de la destrucción de los movimientos sociales - únicos legitimados para llamar a la democratización -

fue precisamente la razón del presidente de EE.UU. para llamar a la democratización de América Latina.

Hoy, EE.UU. está democratizando América Latina. Lo hace con el largo brazo de sus embajadas y en alianza con los aparatos militares y policiales y las élites nacionales, especialmente las élites económicas. Libertad es la dominación absoluta de estos grupos. Siendo la libertad democrática tradicional precisamente lo contrario: libertad frente al extranjero, frente al aparato militar y policial, y frente a las élites nacionales, la instrumentalización de la democracia invierte completamente su sentido. Surge una democracia desde arriba, que democratiza al pueblo y que se erige sobre el pueblo, cuyos movimientos populares han sido destruidos, para dar paso a la democracia. Es una democracia que empieza controlando a los movimientos populares, para que no vuelvan a recuperarse. Continúa la línea de las dictaduras militares anteriores con otros medios. Aunque los movimientos populares vuelvan a constituirse, tienen encima la espada de Damocles de la vuelta a la dictadura militar.

La nueva derecha de América Latina afirma la democracia en este sentido exclusivo de instrumentalización. Es heredera de las dictaduras militares de Seguridad Nacional y viene con la vocación de asegurar el esquema de poder originado por estas dictaduras bajo formas democráticas. Como democracia instrumentalizada, la fe en la democracia es la fe en la salvación por una simple estructura.

La instrumentalización de la democracia se basa en varias medidas puramente institucionales, que por decreto se pueden tomar. La democratización resultante es las más de las veces democracia decretada. Eso se refiere a algunas instituciones básicas, que son la propiedad privada y la totalización del mercado, que es declarado productor de libertad, el control de los medios de comunicación por la propiedad privada y la introducción de algún sistema de elecciones. Estas medidas son interpretadas como instrumento de la democracia y de la libertad. La negativa de concederle ningún valor a ningún proceso social de democratización se manifiesta en el hecho de que la vigencia de la democracia es completamente desvinculada de la vigencia de los derechos humanos.

Por tanto, vamos a tratar estos cuatro aspectos de la ideología neoderrechista: la afirmación del mercado, el control de los medios de comunicación, los sistemas electorales y la desvinculación entre democracia y derechos humanos.

Empresa privada y libertad: la totalización del mercado

La instrumentalización de la libertad en función de las élites nacionales se expresa muy bien en el lema que usan: la empresa privada produce libertad. En Costa Rica hay empresas que hacen el lema: Aquí se produce libertad. La libertad se produce como salchichas, igual que la democracia cabe en una cartera y viaja por avión. La empresa y el mercado producen la libertad, y la democracia la administra. La democracia no la produce. Para que haya libertad, tiene que admitir que la empresa privada la produzca. Y la produce con completo altruismo. La libertad producida la regala gratuitamente a todos, mientras vende los otros productos, como refrigeradores, salchichas, etc. Pero la libertad, la regala.

Eso nos lleva a la ideología actual del mercado. Cuanto más mercado, más libertad. Cuanto más Estado, menos libertad. La libertad aumenta al someterse el hombre ciegamente a una institución, que es el mercado, y oponerse con la misma ceguera a otra, que es el Estado. La estructura, en el caso del mercado, hace libre, y en el caso del Estado, esclaviza. Lo que hace libre es la ceguera completa, una vez en favor, otra vez en contra. La elección entre mercado y Estado no tiene nada que ver con la solución de problemas concretos, sea del hambre, del desempleo, la destrucción de la naturaleza. Al contrario. Mirar problemas concretos es un peligro para la libertad, que es producto de una estructura. Mercado sí, Estado no; eso se repite como un rosario. Pero cuando se habla de este Estado, no es en referencia ni al aparato militar ni a la policía. Son aparatos que defienden al mercado frente al Estado. Cuanto más fuertes son, más libertad puede producir la empresa privada. De manera análoga, también producen libertad en el grado en que defienden al mercado. Lo mismo el gobierno de EE.UU.. Al defender el mercado, produce libertad en América Latina, aunque realice las intervenciones más desastrosas.

La libertad es una institución que se llama mercado. El hombre es libre, cuando obedece ciegamente a las leyes de esta institución, hasta la identificación completa, en la muerte. No debe reaccionar jamás frente a ellas. La institución mercado es societas perfecta, es sociedad total. En cuanto estructura simplemente, da libertad. Haga lo que haga, si lo hace dentro de esta estructura, está bien hecho. Produce libertad y está más allá de la moralidad.

Pero si una institución es societas perfecta, la contraria es sociedad perversa. Esta es el Estado, que produce lo contrario de libertad, es decir, esclavitud.

Cuanto más esta nueva derecha percibe la institución mercado como institución total, infalible, perfecta, más percibe al Estado como amenaza y origen de todo el mal. Se transforma en el culpable de todo. Como el mercado, a priori, nunca es culpable de nada, el Estado es transformado míticamente en el culpable de todo. En esta visión, el Estado se transforma en un monstruo, que está en todo, fuera de nosotros y dentro de nosotros, la gran tentación humana a la perdición.

La nueva derecha, tan atenta al mercado, en definitiva se fija más todavía en el Estado. Cae en una fijación completa frente al Estado, aunque se trate de una fijación al revés. Por todos lados ve al Estado. Le pasa como a la iglesia, cuando se interpreta como sociedad perfecta lo que es su interpretación como estructura. Le aparece el diablo en todas partes. Todo lo malo lo origina él, porque la Iglesia no lo puede haber hecho, tan perfecta que es. Todo se convierte en diablo. Para la nueva derecha, todo lo negativo se convierte en Estado. Hambre, desempleo, destrucción de la naturaleza, todo, puro efecto del Estado. El Estado explica al final todo lo que necesita explicación. Como el mercado no la necesita - el mercado vale a priori -, toda explicación la da el Estado. Detrás del antiestatismo de la nueva derecha aparece un estatismo completamente al revés.

A eso lleva la lógica de esta metafísica de la sociedad perfecta. Es como una paranoia. Fascinada con esta visión tan clara y evidente del mundo, la nueva derecha se lanza, como corresponde, al «otro sendero». Efectivamente, no es más que otro sendero y posiblemente el peor. Pero lo que hace falta, no es otro sendero; con uno basta. Lo que hace falta es lograr por fin una mediación racional entre mercado y Estado, en la cual la libertad no sea producto de estructuras, sino del hombre. Soluciones hacen falta, no otros senderos.

El control de los medios de comunicación

Noam Chomsky dijo una vez: «...en relación a problemas fundamentales, los medios de masas en Estados Unidos - a los cuales nos referiremos como a la 'prensa libre' - funcionan en buena parte a la manera de sistema de propaganda controlado por el Estado...»¹.

Efectivamente, los medios de comunicación de masas de nuestros países escriben como si hubiera censura, aunque no la hay. Pero para escribir como si hubiera censura, debe haber un control de los medios de comunicación, que no es ejercido por el Estado. Pero alguien controla. Para todos es evidente que los medios de comuni-

¹Chomsky, Noam; Herman, Edward S.: The Washington Connection and the Third World Fascism, South End Press, Boston, 1979, Vol. 1, p. X.

cación están sumamente controlados, no solamente en EE.UU., sino igualmente en América Latina.

Estos medios de comunicación se presentan a la opinión pública como el cuarto poder, al lado de los poderes clásicos, ejecutivo, legislativo y jurisdiccional. Sin embargo, estos tres son poderes controlados, por lo menos indirectamente y a veces de forma muy diluida, por los mecanismos democráticos de la sociedad. Este cuarto poder pretende controlar al Estado, pero no admite ningún control sobre él. A diferencia de los otros poderes, controla, pero no es controlado de una manera parecida.

En los medios, no es el pueblo quien controla al Estado. Es más bien al revés: aquellos que controlan a los medios, controlan al Estado. ¿Quién entonces controla a aquellos que controlan los medios y por tanto al Estado? ¿Quién controla a los controladores de los medios?

Si se quiere construir una democracia a través de un proceso social, no se puede evadir esta pregunta. Sin embargo, se trata de una pregunta que solamente surge en esta perspectiva. Donde la empresa privada produce libertad, los medios privados producen verdad y, por tanto, libertad. Cuando el gobierno de EE.UU. abrió las emisiones de la Radio Martí desde Miami, no decía que los cubanos deberían conocer el punto de vista del gobierno de EE.UU.. Decía que deben conocer la verdad. La verdad también es resultado de un instrumento, independientemente de los contenidos de los mensajes.

Es difícil discutir el control de los medios de comunicación privados, cuando ellos dominan a los medios en general. La discusión tendría que hacerse en estos medios, para que tenga amplitud. Pero estos medios no pueden enfocar a sus controladores. Son como cámaras fotográficas, que pueden enfocar al mundo entero, excepto a sí mismas. El controlador puede controlar solamente si queda invisible. Por tanto, los medios, al estar controlados, no lo pueden enfocar. Los controladores son como Dios: invisibles y omnipresentes. El resultado es que prácticamente no existen análisis sobre el control de los medios. Diversos entre sí, forman un frente homogéneo hacia sus críticos. Forman a este respecto un monopolio, que no admite discusión.

Este control ciertamente no lo ejercen los propietarios de los medios. El control no puede ser eficiente, a no ser que sea ejercido también sobre los propietarios de los propios medios. ¿Quién controla entonces?

En nuestra sociedad, donde lo total no es el Estado, sino el mercado, eso lleva a la pregunta: ¿quién financia, compra o subsidia a los medios?

En cuanto los medios de comunicación son privados, no se financian por los consumidores de sus mensajes, es decir, por sus lectores, oyentes o televidentes. Ellos son objeto de los medios. Solamente en los medios escritos tiene alguna incidencia financiera el hecho de que estos medios se compran. Sin embargo, el precio de venta no financia sino una mínima parte también de los medios escritos. Las entradas por venta de ejemplares en los presupuestos de los diarios no suelen pasar más allá del 15 al 20 por ciento de las entradas financieras totales. Todo el resto es financiado por el llamado mundo de los negocios. Este, por tanto, tiene la influencia correspondiente al financiamiento que aporta.

Este financiamiento tiene dos caras y presenta verdaderamente una cabeza de Jano. Por un lado, es compra de espacios en los medios de comunicación con fines de propaganda. Sin embargo, desde el punto de vista del medio de comunicación, se trata de subsidios. No le corresponden costos de producción de parte del medio, pero sí entradas. En su existencia económica, el medio depende completamente de estos subsidios. Para tenerlos, tiene que llegar a la mayor cantidad de consumidores posibles. Pero el número de consumidores no determina estas subvenciones. Para llegar a ellas, tiene que atraer el mayor número de consumidores con mensajes que se mueven en los límites que establecen los controladores.

El que controla es el mundo de los negocios. Este es autónomo y puede cambiar sus subvenciones libremente de un medio a otro. El medio, en cambio, no tiene ni un mínimo de flexibilidad frente al mundo de los negocios. Es miembro de este mundo, pero sometido a su dinámica. Si no lo respeta, pierde su posibilidad de existir económicamente. Un medio que no existe económicamente, tampoco existe en otros aspectos.

Por tanto, la posible diversidad de los medios depende completamente de la diversidad del mismo mundo de los negocios. Si este mundo de los negocios se organiza para el efecto del control, puede imponer límites sumamente estrechos a la diversidad de estos medios. En América Latina hay muchos casos en los cuales las Cámaras de Comercio y otras asumen esta función delegada del control. Sin embargo, aunque no exista tal control organizado, en momentos de crisis, cuando la sociedad se polariza, el mundo de los negocios y, con él, los medios privados, se orientan a un solo polo, suprimiendo cualquier pluralismo de los medios de comunicación. Funcionan ahora al unísono.

Es interesante, a este respecto, la discusión alemana después de la Segunda Guerra Mundial, sobre el papel que habían jugado los medios de comunicación privados en el surgimiento del poder del nazismo en los años 20, hasta 1933. Ciertamente, frente a la polarización de la sociedad alemana, que se dio en aquel tiempo, los medios se habían concentrado en un solo polo, dando al nazismo la posibilidad de una presencia casi exclusiva en los medios. Después de la guerra, Alemania Occidental estableció el monopolio público de la radio y de la televisión para evitar nuevas polarizaciones de este tipo. Radio y televisión fueron declarados públicas, con administración autónoma sobre la base de la participación de los diversos grupos sociales. Pero hoy, cuando también allá aparece la nueva derecha, se privatiza. Aumenta la tal llamada libertad de prensa, pero se pierde la libertad de opinión. La nueva derecha está interesada en este control, que permite polarizar los medios de comunicación por parte de un solo polo social, para controlar a la población. No puede permitir libertad de opinión, y la sustituye por la privatización, en nombre de la libertad de prensa.

De nuevo la libertad es transformada en el producto automático de una estructura, una simple cuestión de instituciones. Lo que los hombres hagan dentro de esta estructura, es completamente irrelevante. Hagan lo que hagan, son libres. Y digan lo que digan los medios, la estructura hace que digan la verdad. Y la verdad os hará libres. Esta estructura da el control de los medios de comunicación a una minoría determinada, que se transforma en la dueña tanto de la libertad, como de la verdad. Se trata de otra estructura que salva.

El resultado es que es casi imposible el surgimiento de medios de comunicación masivos en oposición a esta nueva derecha. Ella ejerce el control, y ella presenta la ideología del mundo de los negocios, que entrega el control a esta nueva derecha. La disidencia es casi imposible, y el control asegura que se puedan solamente pronunciar opiniones libres en medios de comunicación igualmente libres.

Democracia controlada y pluralismo

Hay estructuras que producen la libertad y la verdad. En cuanto estructuras son democráticas; no hace falta democratizarlas. Al contrario, su constitución es condición para que la democratización pueda ocurrir. Producen la libertad, que la democracia administra. Siendo estructuras, pueden ser creadas muy bien por dictaduras. La dictadura es un asunto político, perfectamente compatible con la constitución libertaria de la sociedad. En la visión de la nueva derecha, las democracias latinoamericanas se basan casi todas en una libertad estructural asegurada por las dicta-

duras de la Seguridad Nacional. La dictadura parece un medio eficiente para introducir la libertad en la sociedad. Prepara las bases institucionales, encima de las cuales se levanta la democracia. Se trata de la institucionalidad, que en el proceso de democratización hace falta salvarla, y es lo que salva.

Pero esta libertad dictatorialmente constituida, quiere dominar también políticamente. Aparece la nueva derecha democrática, que se opone a la forma dictatorial del gobierno y que impulsa la democratización.

Sin embargo, no puede darle contenido a esta democracia. Transforma la democracia en un simple formalismo, una estructura por aplicar. Reduce la democracia a lo electoral simplemente. Pero inclusive este formalismo electoral lo reduce a una administración de una libertad, producida fuera del ámbito democrático por la empresa privada.

Aparecen elecciones que son una competencia en la cual solamente pueden participar - sea como electores, sea como candidatos presentados o elegidos aquellos que aceptan la libertad. Pero la libertad es producida por la empresa privada en mercados libres. Por tanto, sólo pueden participar o resultar amigos de la empresa privada, porque solamente ellos aceptan la libertad. Las elecciones están completamente enclaustradas. Antes de efectuar las elecciones, la libertad elige a los votantes y los posibles elegidos. Eso se expresa por otro formalismo, según el cual en las elecciones pueden participar solamente aquellos que aceptan la competencia por elecciones. Pero esto coincide con lo anterior, porque la nueva derecha está convencida de que aceptar una competencia por elecciones presupone aceptar la libertad producida por la empresa privada.

Aparece la exclusión a priori de posibles electores y candidatos, y la ilegitimización de ciertos resultados de las elecciones. Pero lo que excluye es la libertad misma, y por tanto puede excluir. La exclusión no limita la libertad, sino la refuerza. Como los excluidos negaron la libertad, se cumple su propia voluntad, al ser excluidos. No querían ser libres y por tanto no lo son. Al no concederles la democracia la libertad a ellos, respeta su libertad, que es que no haya libertad. Es como con el infierno. El que está adentro, lo es por propia voluntad. Son libres, porque tienen lo que libremente eligieron: no ser libres.

De esta manera, la nueva derecha vuelve al formalismo de la revolución francesa, pronunciado por Saint Just: «Ninguna libertad para los enemigos de la libertad». Se hace jacobina. La libertad se va restringiendo, porque Saint Just tratará cualquier

divergencia con él como ataque a la libertad. Resulta el terror por la virtud, el terror por la libertad, porque al final Saint Just tiene que cortar todas las cabezas, excepto la suya. Pero esta la cortan otros, y lo hacen también en nombre de la libertad.

Este formalismo vuelve en la nueva derecha democrática, esta vez pronunciado por Popper: Ninguna tolerancia para los enemigos de la tolerancia. Pero se ha radicalizado. Incluye ahora no sólo actitudes, sino también opiniones. No solamente las actitudes tienen que ser tolerantes; las opiniones también. Y si son tolerantes, son libres. Opiniones que no son libres y tolerantes, no se deben tolerar. Eso recibe el nombre de científicidad. Las opiniones tienen que ser científicamente sostenibles.

Pero científicamente sostenibles solamente son aquellas opiniones que resultan aplicando la metodología de Popper. Esta metodología no se refiere a contenidos, sino solamente al formalismo de argumentar, es decir, a la estructura del argumento. Si respeta la estructura, es científica, si no la respeta, es metafísica. Pero solamente el argumento científico puede aspirar a la verdad, el metafísico no.

Esta metodología excluye cualquier argumentación con referencia a la totalidad social, como metafísica. Sin embargo, no se puede criticar el lema, según el cual la empresa privada produce libertad, sino con referencia a la totalidad social completa. Por tanto, la ciencia prohíbe criticar este lema. Por tanto, solamente es científico y tolerable sostener que la empresa privada produce libertad. Posiciones contrarias no se pueden sostener científicamente. Por tanto, en nombre de la verdad, no las podemos tolerar. De nuevo, la verdad hace libre.

Resulta otra vez una estructura que asegura libertad y vocación a la verdad y que, como estructura, garantiza un pensamiento tolerante y, por tanto, no dogmático. Cuanto más ciegamente se afirma esta metodología, menos dogmático uno es. Sin embargo, en esto consiste la democracia.

Félix von Cube, en Alemania, saca esta conclusión:

1. Todos los sistemas dogmáticos (...) están en contradicción con el (...) concepto de ciencias del racionalismo crítico.
2. Todos los sistemas dogmáticos son necesariamente totalitarios.
3. Exclusivamente el concepto de ciencias del racionalismo crítico es compatible con una democracia libertaria ².

²Citado según Spinner, Helmut E.: Popper und die Politik, Francke Verlag, Munich, p. 173. Nota A.

A los que sostienen lo contrario, les queda solamente la alternativa: ahorcado o fusilado. El hecho de criticar a este racionalismo crítico de Popper es la prueba de que son totalitarios, y ni tolerantes ni democráticos. Por tanto, merecen ser no tolerados, porque tolerancia pueden reclamar solamente los tolerantes. A Chile y Uruguay las dictaduras totalitarias de Seguridad Nacional les pusieron esta alternativa, y trataron a Popper como filósofo de su corte. No se equivocaron. El racionalismo crítico es la prohibición más total de la crítica que jamás ha habido en la historia humana.

Resulta un gran automatismo estructural de la producción de libertad y de una verdad que hace libre, que cubre la sociedad entera. La nueva derecha lo asume. La libertad la produce la estructura del mercado con sus empresas privadas. La verdad la produce la estructura de medios de comunicación, en cuanto es controlada por la propiedad privada. La democracia la produce una estructura de elecciones, que asegura que la libertad producida por las empresas privadas sea el límite de la legitimidad de los resultados electorales y la cientificidad es asegurada por una estructura argumental que excluye, por su estructura misma, cualquier resultado crítico al lema según el cual la empresa privada produce libertad. El hecho de que la humanidad por fin conozca hoy esta estructura tan maravillosa, se lo debe a la ciencia. La ciencia moderna la reveló. La magia de la estructura se une con la magia de la «ciencia moderna».

Se trata de un circuito perfecto, que a la vez es perfectamente tautológico. Es un gigantesco solipsismo de la propiedad privada y nada más. Sin embargo, a la nueva derecha democrática la hace feliz. Su poder ilimitado es protegido por él y queda invisible como Dios mismo.

La política desaparece completamente. Es sustituida por la simple aplicación de recetas tecnológicas. Los problemas concretos no tienen que ver con la política. Esta última es aplicación de tecnologías para asegurar estructuras, cuyo automatismo mágico soluciona los problemas concretos. Por tanto, frente al reclamo de la solución de los problemas concretos, la respuesta es siempre abstracta: reforzar las estructuras que producen libertad y que aseguran a la postre mágicamente todos los problemas de la humanidad. No pensar, aplicar.

Sin embargo, a todos se les exige, con el poder en la mano, aceptar esta paranoia. Pero a la vez, los de la nueva derecha se creen los únicos realistas, mientras todos los otros se mueven en medio de ilusiones. Es como el siguiente cuento: la bruja envenenó la fuente del pueblo, de la cual todos tomaron agua. Todos enloquecieron,

excepto el rey, que no había bebido. El pueblo sospechó de él, y lo buscaba, para matarlo. Entonces el rey, en apuros, también bebió y enloqueció. Todos lo celebraron, porque había entrado en razón.

El utopismo de la nueva derecha y los derechos humanos

Esta magia estructural, detrás de la cual se esconde el poder absoluto de una pequeña minoría, expresa solamente en forma extrema el utopismo liberal tradicional. Cuando Mandeville dice: «Vicios privados, virtudes públicas» o Adam Smith habla de la «mano invisible», se refiere a una estructura de mercado, a la cual se imputa esta capacidad mágica de actuar automáticamente en favor del interés común. Siempre aparece este gran utopismo, que promete la solución de todos los problemas concretos, como efecto de la simple afirmación de una estructura. Todo problema de la humanidad referente al conflicto de los intereses de unos y de otros, y la contradicción constante entre egoísmo y altruismo, amor a sí mismo y amor al otro, se solucionan por un golpe de mano, al introducir la estructura del mercado. Lo que toda la humanidad no supo solucionar, ahora una simple estructura lo soluciona. Es el utopismo de la gran armonía.

Como todo utopismo, también este es falso. La realidad del mercado no corresponde a la esperanza mágica. Por tanto, para insistir en el utopismo, hay que reprimir cualquier forma que haga visible la falta de armonía de los intereses. El mercado no armoniza y no soluciona los problemas concretos, ni permite su solución adecuada. Sin embargo, el utopismo liberal insiste en la armonía automática producida por el mercado. Por tanto, tiene que imponer la armonía por la fuerza y acallar la resistencia. De la insistencia en la abstracción de la armonía nace la violencia, que la impone. El Estado recibe la función de ejercerla. Lo hará en nombre de la democracia.

Aparece ahora otro utopismo, que encubre al anterior. Se trata del utopismo de la democracia dialogante, en la cual todos dialogan entre sí y pueden hacerlo, porque sus intereses ya no chocan. El mercado los ha armonizado y, por tanto, el libre diálogo entre los hombres es posible al fin. Ser democrático es discutir sin que florezcan conflictos de intereses. Ya no hace falta chocar, todos se entienden. Y se pueden entender, porque los conflictos de intereses están resueltos. En esta democracia dialogan almas puras, ángeles sin cuerpo, sin chocar jamás.

Este utopismo de la democracia dialogante permite ahora determinar al malo. Es aquel que rompe el consenso producido por la armonía de los mercados y transfor-

ma el diálogo entre almas en una confrontación de intereses conflictivos. Pero esta democracia sostiene que no hay intereses conflictivos; la magia del mercado los armonizó. Si a pesar de eso se presentan conflictos, hay maldad, conjura en contra de la libertad, mala voluntad, ansia irracional de poder. Por tanto, sus promotores son demonizados. Ocurre algo que para estos ideólogos de la armonía es completamente inexplicable. Su reacción será defender la democracia.

Por medio de este utopismo, se desvincula democracia y vigencia de los derechos humanos, separando toda la estructura de pretendida producción de la libertad de la reivindicación de estos derechos. La ideología de la nueva derecha lo hace, afirmando que estas estructuras mismas son la presencia de derechos humanos. No admite una relación entre sujeto y estructuras, ni una reivindicación de derechos humanos frente a estas estructuras. La única política de derechos humanos que percibe es, precisamente, la identificación ciega del sujeto con la estructura y el sometimiento ciego a ella. La desvinculación de los derechos humanos mantiene, por tanto, una afirmación verbal de ellos. Pero esta afirmación niega ella misma estos derechos.

Cuando los derechos humanos se identifican con la estructura, ya no se los puede reivindicar. Desaparecen, a pesar de que se sigue hablando de ellos. Cuando, por ejemplo, Hayek insiste en que la justicia es el mercado y que el reclamo de justicia frente al mercado no tiene ninguna legitimidad, entonces la justicia ha sido negada, aunque se sigue hablando de ella. Lo mismo ocurre ahora con todos los derechos humanos. Al ser identificados con la estructura, su reclamo es un reclamo por una estructura determinada. Por tanto, ya no se puede reclamarlos si esa estructura existe.

Seguir reclamándolos en esas condiciones es ahora visto como simple demagogia. La estructura, al reprimir tales reclamos, lo hará en nombre de los derechos humanos. Los va a violar en relación a aquellos que los reivindican, porque tiene que defenderlos en su identificación con esta misma estructura. Precisamente el utopismo de la estructura permite esta transformación. El utopismo declara la identidad de la estructura con el destino de la humanidad, lo que incluye el reconocimiento de los derechos humanos. Cuanto más total es el utopismo, más total la negación del reclamo de los derechos humanos frente a la estructura. Las mayorías producidas en los límites de la vigencia de la empresa privada, que produce libertad, legitiman ahora la violación ilimitada de los derechos humanos de aquellos que los reclaman frente a la estructura, como un derecho de sujetos humanos que exigen su cumpli-

miento concreto hoy y aquí, en vez de una promesa utopista de algún destino humano total.

Las mayorías ahora pueden legitimar cualquier violación de los derechos humanos. Cuando la estructura es, como tal, la portadora de los derechos humanos, estos derechos dejan de existir. Todo es posible. La legitimación democrática es ahora la legitimación automática de un esquema de poder tautologizado. Si las estructuras están consolidadas, todo está consolidado, y lo que hace falta es, solamente, seguir consolidándolo para el futuro también. La referencia a la mayoría tiene solamente la función de legitimar una política del poder, sin ninguna consideración de los derechos humanos.

Efectivamente, la democracia de la nueva derecha se ha emancipado de todos los límites que la tradición democrática establecía para el ejercicio del poder.

Cuando EE.UU. invadió a Grenada, esta invasión fue presentada como democráticamente legitimada. El presidente de EE.UU., quien la ordenó, es un presidente democráticamente elegido, y las encuestas públicas en EE.UU. demostraban que la mayoría de la población estadounidense la apoyaba. Por tanto, la invasión era democrática. Detrás se jugaba la otra legitimación: la invasión se realizó para imponer la estructura de una libertad producida por empresas privadas. Evidentemente, una consideración de derechos humanos no cabe. Fueron los derechos humanos identificados con una estructura los que invadieron. Los que defendieron a Grenada eran rebeldes, frente a los cuales los derechos humanos no valen. El derecho humano obliga a aceptar la invasión e imponer empresas privadas. Quien no acepta, ha salido del ámbito de la vigencia de los derechos humanos. Este mismo raciocinio se repite en Nicaragua. Lo que dicen los nicaragüenses, no tiene nada que ver.

Pero mucho más se puede legitimar democráticamente. La misma tortura cabe aquí. Cuando en Uruguay, en 1968, los tupamaros mataron a Mitrión, salió a luz un escándalo mucho mayor de lo que era este escándalo. Era el hecho de que el gobierno democrático de EE.UU. había mandado especialistas en tortura, declarados como asesores en desarrollo, al gobierno democrático de Uruguay, para preparar con conocimientos técnicos adquiridos en Vietnam a los torturadores del gobierno de Uruguay. No había tribunales ni en EE.UU. ni en Uruguay donde denunciar el hecho. Se trataba de una tortura democráticamente legitimada, porque gobiernos indudablemente democráticos la aplicaron para asegurar esta libertad que la empresa privada produce. Apareció una crítica al procedimiento de los tupamaros, pero la opinión pública no se escandalizó frente al hecho de que estos gobiernos

preparaban torturadores. Democracia y tortura ya habían llegado a ser considerados compatibles. Se trata de un proceso lógico. Cuando los derechos humanos son la estructura, para la defensa de la estructura no valen derechos humanos.

Hannah Arendt temía ya muy tempranamente este desarrollo de la democracia hacia la compatibilización con el terrorismo de Estado:

«Porque resulta completamente concebible, y se halla incluso dentro del terreno de las posibilidades políticas prácticas, que un buen día la humanidad muy organizada y mecanizada, llegue a la conclusión totalmente democrática - es decir, por una decisión mayoritaria - de que para la humanidad, en conjunto, sería mejor proceder a la liquidación de algunas de sus partes»³.

En estos términos, hasta el suicidio colectivo de la humanidad es democráticamente legítimo.

De esta desvinculación entre democracia y derechos humanos resulta la posibilidad de compatibilizar democracia y terrorismo del Estado. En Latinoamérica existen ya varias democracias de este tipo. El terrorismo del Estado se transforma en la base legítima para asegurar una democracia utopista completamente identificada con la libertad que las empresas privadas producen. La misma democracia llega a ser totalitaria.

La lógica de las mayorías: el derecho a la vida de todos

Para que tengan relevancia, los derechos humanos tienen que ser ubicados en la relación del sujeto humano con la estructura social, relativizándola. En caso contrario, en nombre de los derechos humanos se violan los mismos derechos humanos. En esta relación surge la libertad, que jamás puede consistir en la identificación ciega con una estructura.

Eso excluye que la política puede ser sustituida por reglas técnicas por aplicar, siempre vinculadas con utopismos abstractos, que celebran los efectos mágicos de la tecnología social y que encubren la violencia que se ejerce para poder imponer estas reglas técnicas abstractas.

La política tiene que referirse a esta relación del sujeto con la estructura, en la cual el sujeto humano exige la satisfacción de sus necesidades vitales en toda su amplitud. Eso no excluye reglas técnicas - ni las reglas técnicas que le gustan tanto a la nueva derecha -, sino la reducción de la vida a reglas técnicas y la absolutización

³Arendt, Hannah: Los orígenes del autoritarismo, Taurus, p. 378.

de algunas de ellas. Las estructuras son mediaciones de las relaciones entre sujetos, la tecnificación de las relaciones humanas devora a los sujetos. La sustitución de la política por la técnica crea una ley que mata.

En este sentido, la democracia como régimen de mayorías no es posible, sino subyace a la propia institucionalidad el interés de las mayorías. Todos deben poder vivir, para que las mayorías puedan decidir humanamente y para que no puedan decidir la muerte de algunos en función de la vida de otros. Una política democrática válida tendría que asegurar efectivamente una situación de este tipo y no postergarla al cumplimiento de utopismos mágicos, que nunca se cumplen, y que esconden la aspiración al poder absoluto de algunos.

Pero eso significa que una política democrática no se puede basar en el cumplimiento ciego de algunos principios, sino solamente en la constante mediación entre principios contrarios, en función de la posibilidad de vivir de todos los sujetos. Eso es necesariamente una constante mediación entre mercado y plan, propiedad privada y propiedad pública, autonomía y Estado, etc. Esta mediación exige sabiduría y convicciones éticas, y no simplemente ideas fijas de tipo tecnológico. El totalitarismo surge cuando estas ideas fijas se imponen. Que hoy aparezca precisamente disfrazado de libertad producida por la propiedad privada es, ciertamente, una novedad. Sin embargo, repite con las modificaciones del caso, otros totalitarismos anteriores. Por eso, esta vez debe ser posible revelar a tiempo lo que está por venir.

Referencias

*Arendt, Hannah, LOS ORIGENES DEL AUTORITARISMO. p378 - Taurus;

*Chomsky, Noam; Herman, Edward S., THE WASHINGTON CONNECTION AND THE THIRD WORLD FASCISM. 1. pX - Boston, U.S.A., South End Press. 1979;

*Spinner, Helmut E., POPPER UND DIE POLITIK. p173 - Munich, Germany, Francke Verlag;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 98 Noviembre- Diciembre 1988, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.